

BERTHOLD L. ULLMAN, *Studies in the Italian Renaissance*,  
Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1955, 398 págs., 10 lms.

Berthold L. Ullman, profesor de la Universidad de Chapel Hill, North Carolina, viene consagrándose desde 1910 al estudio de los manuscritos medievales y renacentistas que han transmitido buena parte de la literatura clásica. Especializado en los orígenes del humanismo italiano, merecen consignarse sus investigaciones sobre Petrarca y Coluccio Salutati, las dos figuras a quienes ha dedicado mayor atención. Recientemente editó, por ejemplo, el *De laboribus Herculis*, de Salutati (2 vols., Zurich, Coll. "Thesaurus mundi", 1951), notable porque el canciller florentino ensaya en esta obra —sin duda alguna la más considerable de cuantas escribiera— una interpretación alegórica de la tragedia de Séneca desde el punto de vista cristiano-estoico, pero aplicando ya la técnica filológica. Como su gran modelo Sabbadini, como Kristeller, Billanovich, etc., Ullman hace, pues, crítica textual de primer orden sobre la base de temas concretos.

Los trabajos aquí reunidos se publicaron en diversas revistas y son, todos ellos, importantes contribuciones al estudio de la cultura literaria en los siglos xiv y xv: la palabra y el concepto de "Renacimiento"; la génesis del humanismo italiano; el

nuevo espíritu de la historiografía (singularmente Leonardo Bruni); los libros favoritos de Petrarca (no los poseídos por el vate inmortal, sino los más deseados, los *libri peculiari*, como él mismo escribiera) según el Ms. 2201 de la Biblioteca Nacional de París; el catálogo de 1338, de la biblioteca de la Sorbona, y su interés en relación con las lecturas de Petrarca y la historia del humanismo; los libros perdidos de Tito Livio, a la luz de la erudición cuatrocentista ("The *post-mortem* adventures of Livy", pp. 55-79); Jeremías de Montagnone (muerto hacia 1320), juez paduano que distingue ya entre autores clásicos o antiguos (*poetae, philosophi*) y autores medievales (*versilogi, doctores grammatici*); el conocimiento que Petrarca tuvo de Catulo, Tibulo y Propertio; la atraente personalidad de Coluccio Salutati, el humanista cristiano, a través de su correspondencia y formación literaria (Ullman se ocupa de él en seis eruditos trabajos, pp. 201-305); los mss. del cardenal Nicolás de Cusa (pp. 357-363), a los que añade otros no registrados por Lehmann... He aquí algunos de los estudios más salientes recogidos en este libro.

Entre los de alcance general o que son dignos de subrayarse como admirables ejemplos de método crítico, nos referiremos particularmente a los intitulados "Renaissance: the word and the underlying concept" (pp. 11-25), "Some aspects of the origin of Italian humanism" (pp. 27-40), "The Sorbonne library and the Italian Renaissance" (pp. 41-53) y "Leonardo Bruni and humanistic historiography" (pp. 321-344).

Para Ullman, la cultura italiana experimentó una renovación artístico-literaria desde el siglo xiv. Admite la originalidad del Renacimiento, pero no la tesis de Burckhardt. Expone cómo los propios contemporáneos sintieron la 'modernidad' de su tiempo, el arranque innovador presente en cualquier actividad espiritual (así, p. e., Boccaccio y F. Villani elogiarían a Giotto por haber superado la "maniera greca"). La poesía "resucitaba" y "regresaba de su largo exilio" a las fuentes puras del clasicismo. Dante fué el gran *pioneer*: Salutati, Boccaccio, Villani, lo celebrarían como iniciador del humanismo, pues él despertó a las Musas de su letargo secular.

Ahora bien, este *revival*, este "Prerrenacimiento", carecería de nombres insignes antes de Petrarca. Según Ullman, los avances decisivos comenzaron tan sólo cuando los laicos (juristas, notarios, etc.) dirigieron sus esfuerzos hacia la rehabilitación del pensamiento y la forma de los escritores antiguos en varias direcciones. La asimilación del estilo ciceroniano, anota el A., no basta para definir el movimiento humanístico. Lo romano (Cicerón como pensador, Livio como idealizador de las virtudes cívicas que forjaron el Imperio, Valerio Máximo como anecdotario edificante) daría el tono a la vida comunal italiana y, por ende, a la política. En el plano filosófico, agrega, el humanismo se limitó a cuestiones filológicas, a una labor de traducción y hermenéutica, ya que, comparado con la escolástica, resulta casi estéril. Ullman cree asimismo que el movimiento humanístico fué adverso a la escolástica (de orígenes franco-británicos), es decir, antidualéctico y retórico, poético. Sin embargo, los mss. que aquellos italianos salvaban en Francia o Alemania eran a su vez un legado inestimable de los siglos ix al xiv, frutos de otro "renacimiento" clásico; pero ello no significa, según Ullman, que la obra de los italianos en este sentido deba rebajarse, pues, contrariamente a la de los letrados franceses medievales (que componían florilegios, enciclopedias, etc.), era de primera mano, es decir, sobre los textos originales y, además, buscaban en ellos inspiración ética, una regla de vida individual o colectiva. Afirma también el A. que la estancia de los Papas en Avignon y el Concilio de Constanza favorecieron la propagación del humanismo allende los Alpes.

El profesor Ullman documenta seguidamente la tradición clásica durante el Medioevo utilizando a manera de fuente ilustrativa el catálogo de la biblioteca de la Sorbona, fechado en 1338. No enumera éste muchos tratados teológicos, pero, en

cambio, sí figuran en él algunos clásicos importantes: Ovidio, Persio, traducciones y comentarios de Platón (*Fedón*, *Timeo*), Aristóteles, escritos filosóficos de Cicerón, Séneca, Valerio Máximo, Plinio... (Advierte Ullman que la biblioteca de la célebre abadía de Corbie pasó, en gran parte, a la Sorbona). Y una prueba de su valor para la historia del humanismo italiano ofrécela Petrarca, quien leyó el *Fedón* en uno de aquellos mss. latinos (cf. la edición crítica de L. Minio Paluello, en el *Corpus Platonium Medii Aevi: Plato Latinus*, vol. II, *Phaedo interprete Henrico Aristippo*, Londinii, 1950), y del cual existe una copia que poseyó Salutati (Vat. lat. 2063). Otras copias de mss. parisinos (Propercio, Tibulo, etc.) fueron también propiedad del canciller florentino y de Petrarca.

En cuanto a Leonardo Bruni, exponente de la temprana historiografía humanística, considérale ya moderno, aunque con los defectos inherentes al método analítico. Ullman lo presenta a una nueva luz interpretativa —siguiendo a E. Santini, editor de Bruni—, recalcando su pragmatismo político, mostrando cómo intenta por vez primera una crítica de las fuentes —quizá imprecisa, pero no por eso desdenable— y, sobre todo, inquiriendo causas. Es, dice literalmente, “the first modern historian” (p. 344). La subestimación de Bruni por parte de Eduard Fueter, más atento a la preocupación formal del humanista aretino que a sus logros e intuiciones historiográfico-políticos, en verdad modernos, así como el concepto de Croce sobre su importancia, van siendo relegados a un segundo plano en virtud de las ulteriores investigaciones acerca del “humanismo burgués”, la historiografía cuatrocentista característica de la nueva situación económico-social que aparece en las comunas italianas y los ideales cívicos florentinos, puntos a los cuales se ha vuelto la atención crítica de ciertos investigadores, entre otros Hans Baron. El profesor Ullman juzga también necesario revisar las posiciones al respecto.

El nuevo libro, cuyas excelencias hemos procurado mostrar a grandes rasgos, constituye, por tanto, una espléndida aportación del benemérito maestro americano. Todos los especialistas en humanismo italiano le dispensarán magnífica acogida.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS.

Universidad Nacional.  
Bogotá.